

gunas larguezas, por no haber puesto la imagen del favorito entre los estandartes. Esta severidad fué eficazísima, pues durante todo su reinado no hubo que reprimir ninguna sedición ni turbulencia.

En cuanto á las provincias, continuó la política de Augusto. Si para visitarlas no se atrevía á salir de Roma, donde no tenía un Mecenas ni un Agripa con quien contar durante su ausencia, les enviaba á lo menos los gobernadores más hábiles, que mantenían en ellas el orden, y aumentaban su prosperidad con útiles trabajos: Africa conserva todavía un puente de Tiberio. Huía de aumentar los tributos y aliviaba las grandes miserias. Doce ciudades del Asia, arruinadas por un terremoto, quedaron exentas de todo tributo por espacio de cinco años: una de ellas, más maltratada, Sardes, recibió de su mano diez millones de sestercios. Tomando con demasiado celo algunos gobernadores los intereses del fisco: «Un buen pastor, les dijo, esquila su rebaño, pero no lo desuella.» En Egipto, había sido pésima la cosecha del año 18, y el trigo por consiguiente estaba muy caro: Germánico empleó las reservas del Estado, é hizo bajar el precio abriendo los graneros públicos.

Con esto, las provincias mostraban á porfía su gratitud; unas erigiendo templos á la divinidad de los emperadores; otras, como la Galia y España, suministrando espontáneamente á los ejércitos todos los auxilios que necesitaban. Macedonia y Grecia hacían aún mejor elogio del gobierno imperial, pidiendo como remedio de todos sus males pasar de la administración de los procónsules senatoriales á la de los tenientes del emperador.

De este modo estaba el imperio prudente y suavemente gobernado; sino que viendo el paso blando del nuevo emperador hubieron de cobrar audacia los magnates. Uno de los Pisones sostuvo enfrente del mismo Tiberio que en ausencia del príncipe debía continuar el senado sus deliberaciones y los negocios. Esta proposición, que intentaba invadir los fueros del poder supremo, no fué desechada sino después de prolongada y dudosa discusión. Este Pisón es el mismo personaje que más adelante encontraremos haciendo revivir audazmente los hábitos de los últimos tiempos de la república, armando á sus esclavos, levantando tropas, y de su propia autoridad declarando la guerra á un general romano para entrar á viva fuerza en una provincia.

Otro personaje, uno de los que Augusto había designado como muy anheloso de recoger su herencia, Galo, pidió que los magistrados fueran nombrados con cinco años de anticipación. Esto hubiera sido desarmar el poder y dar á los elegidos una influencia peligrosa. Como Pisón quería que el senado tomara como cosa seria sus poderes políticos, querían también algunos que ejerciera con independencia su derecho electoral. Germánico y Druso sostenían, de concierto y con ardor, á uno de sus deudos en la pretensión de la pretura; el senado lo rechazó durante mucho tiempo, y el candidato de los Césares y de la corte no fué elegido sino por escasa mayoría.

Así los Padres conscriptos estaban muy dispuestos á recobrar su antiguo carácter, conservando por de contado los nuevos poderes que se les habían concedido.

He juzgado severamente las instituciones de Augusto; pero entre la autoridad de un hombre y la de una asamblea como el senado, no vacilo en ponerme de parte de los emperadores.

Los secretos sentimientos del patriciado se muestran mejor en la doble tentativa de Libón y de Clemente. El uno era un joven patricio emparentado con la familia imperial, á quien los astrólogos, muy en boga á la sazón, habían hecho esperar la más alta fortuna. Esta vez no eran palabras

imprudentes, sino que se encontraron tablillas en que los nombres del emperador y algunos senadores estaban precedidos de notas amenazadoras ó misteriosas. Libón, con toda evidencia culpable, se suicidó (1). Lleváronse al suplicio dos astrólogos y los demás con todos los mágicos fueron expulsados de Italia.

Clemente era un esclavo de Agripa Póstumo, el cual se hizo pasar por su amo. Alentado secretamente por algunos caballeros, senadores y otros personajes de la misma casa del príncipe, reunió algunos partidarios. Ya se le suponía desembarcado en Ostia y se tenían en la ciudad reuniones clandestinas. Pero dos emisarios que adormecieron su vigilancia ofreciéndole su apoyo y su bolsa, lo sorprendieron una noche y se lo llevaron á Tiberio.

—¿Cómo te has hecho Agripa? le preguntó severamente el emperador.

—Y tú, contestó con tanta altivez como oportunidad el esclavo, ¿cómo te has hecho César?

Se le ejecutó en el mismo palacio; pero Tiberio prohibió toda investigación.

Más cerca de él, encontraba Tiberio enemigos domésticos: habituada á las deferencias de Augusto, Livia creía reinar aún y quería que se la escuchara. El hijo de Tiberio, Druso, no había hecho nada, ni prometía talentos ni conducta. Yo no dudo de la fidelidad de Germánico; pero la hija de Julia no podía olvidar á los autores de la ruina de su madre. Avida de poder, orgullosa de su origen, de su fecundidad, de su virtud y del amor del pueblo para con el vencedor de Idistavio, Agripina arrostraba con audacia á la viuda de Augusto y no toleraba que la esposa de Druso se igualara á ella. Estas rivalidades de mujeres dividían la corte y hacían nacer odios que los cortesanos van á envenenar todavía.

Tiberio había llamado á Germánico de las orillas del Rin para quedar libre de seguir en aquella frontera la política de Augusto, la que él mismo había practicado, y le permitió entrar en triunfo en Roma, con sus cinco hijos colocados en su propio carro y seguido de los cautivos, inclusa la viuda de Hermann, la hermosa Tusnelda. Hízole erigir un arco triunfal y acuñar monedas con esta leyenda que debía inmortalizar su nombre y que todavía leemos: *Signis receptis, devictis Germanis*. Finalmente, después de haber distribuido en su nombre 300 sestercios por individuo, compartió con él el consulado para el año siguiente. Germánico no tomó posesión del cargo sino en Grecia, adonde se le envió á fines del año 17.

Desde C. César, ningún miembro de la familia imperial se había mostrado en Oriente. Sin embargo, era necesario que de vez en cuando aparecieran por allá para no dejar siempre á simples tenientes el peligroso cuidado de tratar las graves cuestiones que allí se agitaban. En este momento los partos se removían en son de hostilidad. Habían expulsado á Vonón, el rey que Roma les había impuesto, y asentado en su lugar al Arsácides Artabán, que criado entre los dahos, bárbaros vecinos del mar Caspio, no traía al trono ni las costumbres afeminadas de un frecuentador del Palatino, ni los sentimientos de un discípulo de Augusto. Vonón, retirado en Armenia, se hizo proclamar rey del país y Artabán se disponía á perseguirlo. Para evitar una guerra

(1) Suetonio (*Tiber.* 25) que habla de los peligros de que Tiberio estaba amenazado por todas partes... *undique imminentium discriminum*, afirma la conjuración (Cf. Dion, LVII, 15) y su importancia está indicada por el hecho de haberse instituido fiestas en los municipios, del 10 al 13 de setiembre, para celebrar el fracaso de la intenciona de Libón (Cf. Orelli, cap. XXII: *Festas de Amiterno*).

con los partos, el gobernador de la Siria atrajo á Vonón á su provincia y lo retuvo en ella.

Esto no era una solución ó era una solución provisional. En su virtud Tiberio pasó al senado y expuso la necesidad de una intervención. Si no se avanzaba sobre el Rin, á lo menos no se debía retroceder sobre el Eufrates. Fuera de esto, el anciano rey de Capadocia, que en otro tiempo había ofendido á Tiberio, acababa de morir en Roma, adonde había sido llamado, y su reino fué incorporado al imperio, siendo preciso organizarlo en provincia romana. La Comagéne y la Cilicia de las montañas, sin reyes de algún tiempo atrás, tenían muchas turbaciones; la Siria y la Judea reclamaban una disminución de impuesto. «Germánico, decía Tiberio, sólo Germánico puede con su prudencia calmar los movimientos del Oriente, porque yo estoy ya en la decadencia de la edad y Druso no tiene aún la de la madurez.» Un decreto del senado defirió al joven príncipe el gobierno de las provincias de Ultramar, con una autoridad superior á la de todos los gobernadores. Reconozcamos que si esto era un destierro era, en verdad, honroso y conforme con los intereses del imperio.

Tiberio enviaba al mismo tiempo á Druso á la Panonia para vigilar los movimientos de los suevos. Él en el centro, sus dos hijos en las dos fronteras amenazadas y la tranquilidad severamente mantenida en las provincias y en los Estados aliados, es decir prevenidas las intrigas de adentro y conjurados los peligros de afuera, el imperio guardaba firme y digna actitud: era gobernado y defendido á la vez, daba la paz y el orden; tocaba á los provinciales añadir el bienestar. En cuanto á la libertad, en sus municipios tenían todas las que podían ejercer.

El trabajo de Druso era el más sencillo: no tenía que hacer más que asistir impasiblemente á las turbaciones y contiendas interiores de Germania, que con tanta exactitud había previsto Tiberio. Bajo la doble presión que Roma ejercía por el Rin y por el Danubio, se habían formado dos poderosas líneas: al Norte, la de los queruscos, bajo la dirección de Hermann y su tío Inguiomar, viejo guerrero que en todos los encuentros había rivalizado en valor con su joven colega; y al Mediodía, la de los marcomanos á las órdenes de Marbod, que á la cabeza de ochenta mil soldados había impuesto á la redonda el terror y la obediencia. Su conducta ó como muchos germanos decían, su traición, después de la derrota de Varo, le había enajenado muchos pueblos: los semnones y los longobardos, aliados suyos, se habían pasado á los queruscos; pero eclipsado Inguiomar por su sobrino Hermann y avergonzado de verse reducido á servir á sus órdenes, se pasó al campo de Marbod con todos sus leudes.

La Germania estaba pues dividida entre estos dos hombres, los cuales combatieron para decidir quién de ellos había de obtener el imperio. La acción fué indecisa y sangrienta. Marbod fué el primero que se retiró y al retirarse á las alturas hizo la confesión de su derrota; muy luego entró en Bohemia y pidió ayuda al emperador. «Tú no nos ayudaste contra los queruscos, contestó Tiberio; no tienes pues derecho á contar con nuestra asistencia.» Con todo eso, envió á Druso para acabar por medio de la intriga lo que las armas habían preparado, ó sea la destrucción de aquel grande imperio bárbaro.

Deshonrado por su derrota Marbod, vió sublevarse á sus súbditos, y á sus tenientes hacerle traición. Un jefe de los gotones, Catwald, sostenido por el oro de Roma y secretamente llamado por los principales jefes de los marcomanos, forzó su ciudad real. Tiberio expuso al senado con orgullosa complacencia las medidas que habían traído la

caída de aquel temible rey, y exhibió las cartas en que solicitaba autorización para retirarse á tierra del imperio. Accediendo con mucho gusto á sus deseos, se le señaló por residencia la ciudad de Ravena.

Poco tiempo después, expulsado Catwald por los hermonduros, vino también pidiendo asilo y fué relegado á Frejus (19 de J. C.). Pero se retuvo á los leudes que los habían acompañado, temiendo que turbaran el sosiego de estas dos ciudades y se les permitió que bajo la protección romana se establecieran allende el Danubio, en la Moravia, dándoles por rey al cuade Vanio. Muchas poblaciones suévicas se agregaron á este pequeño Estado, establecido al alcance de las legiones y que permaneció fiel mucho tiempo.



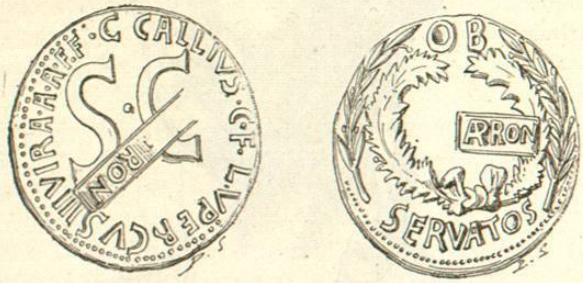
Tiberio coronado de encina (1)

El poder de los marcomanos quedaba pues destruído, y el de los queruscos cayó el mismo año. Un jefe de los catos ofreció envenenar á Hermann, y Tiberio contestó como Fabricio: «Los romanos no se vengan de sus enemigos en las sombras y por medio de la perfidia, sino á cara descubierta y por medio de las armas.» Esta reminiscencia del heroísmo de los tiempos antiguos no tenía nada de peligrosa: Hermann estaba rodeado de enemigos. Con el corazón inflado del orgullo de sus triunfos, quería reinar y cayó á manos de los suyos cuando apenas tenía treinta y siete años. A los ojos de su pueblo, su fin expió su ambición y nadie se acordó más que del libertador de la Germania. «Todavía, dice Tácito, cantan sus hazañas los bárbaros.» El tiempo hizo de él casi un dios. Cuando Carlomagno penetró hasta el santuario de los sajones, encontró allí el Hermann-Saul, misterioso símbolo que representaba á la vez la patria, un dios y al héroe. En nuestros días ha evocado su memoria la poesía, los bardos modernos lo han celebrado y su nombre se encuentra en los cantos de guerra contra el nuevo imperio de Occidente.

(1) Busto del museo del Louvre.

La Germania, tan amenazadora antes, está pues entregada á la anarquía, á la debilidad y á la impotencia: la política había obtenido más que las armas. Tácito hubiera debido reconocer que Tiberio había escuchado anticipadamente sus votos homicidas, cuando enfrente de un campo de batalla en que yacían sesenta mil bárbaros degollados por sus hermanos, exclamaba el historiador: «¡Ah! Quieran los dioses que las naciones, á falta de amor para nosotros, perseveren en este odio de sí mismas, puesto que la fortuna no tiene que ofrecernos más en adelante que las discordias de nuestros enemigos.»

La misma conducta tenía en Oriente el mismo éxito. Germánico había viajado lentamente visitando los lugares famosos, los santuarios célebres: Accio, Delos, Atenas, que lo vió con gusto entrar en su seno precedido de un solo lictor; Samotracia, donde se hizo iniciar en los misterios cabríficos; Ilión que se decía la cuna de Roma. De paso reprimía las rivalidades de los pueblos, los abusos de los magistrados y á todas partes llevaba la consigna del nuevo gobierno: justicia y paz. En Armenia estableció por rey al hijo de un fiel vasallo del imperio, del rey de Ponto, Polemón, y lo coronó por su mano en Artaxata. Esta elección



Moneda castrense (1)

era hábil. Vonón había probado que la política romana se pasaba de los límites, cuando daba á los pueblos de Oriente reyes demasiado romanos. El nuevo príncipe había adoptado de larga fecha, los usos y costumbres, todos los gustos y aficiones de los armenios; y los grandes y un pueblo inmenso lo acogieron con aclamaciones.

El arreglo de los negocios de Capadocia fué más sencillo aún: se dió una fórmula á la nueva provincia; se designaron las ciudades donde el gobernador había de establecer su tribunal, y para que el pueblo ganara en el cambio se disminuyeron un tanto los tributos que pagaba á sus reyes. Lo mismo se hizo para la Comágene.

En Siria encontró Germánico enviados del rey de los partos. Artabán solicitaba la renovación del pacto de alianza, una entrevista con el hijo del emperador á orillas del Eufrates y el alejamiento de su competidor. No había motivos para rechazar estas proposiciones: Vonón fué relegado á Cilicia, donde pereció el año siguiente en una tentativa de evasión.

En Tracia, uno de los dos reyes del país había dado muerte al otro. Augusto había dispuesto esta partición entre Rescúporis y Cotis, y Tiberio que tenía por sistema seguir en todo su ejemplo, encargó al gobernador de la Mesia que impidiera á toda costa la reunión de toda la Tracia en un solo Estado. Atraído Rescúporis á una conferencia, fué preso y conducido á Roma, y desde allí relegado á Alejandría, donde algún tiempo después se le hizo morir á pretexto de haber querido evadirse.

(1) *Moneta castrensis*. Moneda resellada para el sueldo de las legiones, durante la guerra de Tacfarinas (*Revue archéologique*, set. y oct. 1878).

Su hijo conservó su cetro, y los de Cotis obtuvieron el de su padre bajo la tutela de un comisario romano. La viuda de Cotis había venido á Roma á implorar esta venganza; de modo que Tiberio, á la vez que dando tan severa lección á los reyes aliados, no aparecía sino como juez desinteresado de los culpables y protector de viudas y huérfanos.

Otro negocio más grave había iniciado el año anterior en Africa (17 de J. C.). Los romanos no habían encontrado en esta provincia lo que hace más obstinadas las resistencias, la oposición religiosa, y la vecindad de Cartago y la influencia greco-latina habían debilitado la oposición de las costumbres. Todo el litoral venía á ser romano; pero más allá del Atlas, en las soledades inmediatas al Sahara, divagaban nómadas á quienes la prosperidad del Tell daba muy vivas tentaciones. Un nómada, desertor de las legiones, Tacfarinas, hubo de reunir en las montañas algunos bandidos, después una tropa y en fin un ejército que disciplinó á la romana. Los musulamos ó misulamos, en los límites del desierto, se declararon por él, arrastrando consigo á los mauritanos, sus vecinos, con la gran tribu de los cinitios, entrando á fuego y sangre en las ciudades.

Preciso fué que el procónsul Camilo marchara contra ellos á la cabeza de una legión. Tacfarinas aceptó el combate; pero sus nómadas no estaban aún bien ejercitados, y fué batido. Satisfecho Tiberio de este acto de vigor que restablecía la seguridad en una provincia frumentaria, envió al vencedor las insignias del triunfo. Concedió también la ovación á sus dos hijos Germánico y Druso, que habían ganado victorias como él las quería, por medio de la política, sin haber tenido necesidad de sacar la espada.

En medio pues de esta prosperidad, ó mejor dicho, de esta gloria pacífica, se registra el crimen más odioso de Tiberio, ó sea el envenenamiento de Germánico. En los gobiernos monárquicos, sea cálculo, sea resultado inevitable de la disposición de los ánimos dados á poner, así en el Estado como en la familia, el porvenir al lado del presente, hay siempre un príncipe que busca la popularidad, cuando la popularidad no se le impone á él. Este ídolo del pueblo en quien se vinculan las esperanzas públicas, había sido Marcelo, muerto á los veinte años; después Druso, muerto á los treinta, *breves et infaustos populi Romani amores* (2); ahora era el ídolo el joven general del ejército del Rin, el pacificador del Oriente. Amado de los soldados por su valor y sus gustos militares; de los letrados por sus buenas dotes de ingenio, de la multitud por sus virtudes, por su bella y numerosa familia, de todos, en fin, por su moderación, por su afabilidad, por sus buenas costumbres, Germánico, sin prestarse á ello, sin quererlo, había venido á ser en la opinión de muchos el rival secreto de Tiberio. Cuanto más se sentía el poder del uno, tanto más se obstinaba la opinión en ver en el otro el próximo restaurador de la libertad romana.

De la posición creada así falsamente á los dos príncipes debía necesariamente salir, para la credulidad popular, en caso de accidente imprevisto, el drama que la sombra imaginación de Tácito traza con tanta elocuencia.

Pero un hombre como Tiberio, grave, reflexivo, que lo calcula todo, y á quien el mismo Tácito nos muestra cien veces en el senado dueño siempre de sí mismo, no comete crímenes inútiles. La muerte de su hijo adoptivo no le qui-

(2) Bella frase en que el poeta historiador desliza aun una sospecha; y es que se preocupa más de sus períodos que de la verosimilitud (*Ann. II*, 41). Ya se vió que Marcelo murió de enfermedad, mal tratada acaso, y Druso de una caída del caballo.

taba de delante un rival peligroso; sabía que era incapaz de una traición odiosa, y se privaba de un apoyo necesario. Germánico vivo, Germánico fiel á los hábitos de obediencia y disciplina impuestos por Augusto á la familia imperial, era un obstáculo á los designios de los ambiciosos y de los soñadores; Germánico muerto, abría el camino á los procedimientos culpables y á las revoluciones; porque á las esperanzas de sus enemigos, no tenía Tiberio que oponer más que á su hijo, el inepto Druso. Pero ¿cuándo pues han visto los contemporáneos desaparecer del mundo, en la flor de la vida, á un gran personaje sin atribuirlo á misteriosas causas? Aquí, el autor del crimen hubiera sido Pisón.

Era éste un patricio de carácter altivo y violento, que se creía tan noble como el príncipe, más noble que sus hijos, y cuya intemperancia hemos visto ya en el senado. Había obtenido el gobierno de la Siria al mismo tiempo que Germánico era enviado á Oriente. Tácito supone que esta elección fué intencionada. Pisón y Plancina, su esposa y confidenta de Augusta, conocían, dice, el odio que Livia tenía á Agripina, y Tiberio ponía al lado del joven príncipe un vigilante guardián de sus intereses. Exagerándose acaso palabras imprudentes, los dos esposos se creyeron autorizados para no guardar mesura ni miramientos con Germánico y Agripina. ¿Fueron aún más lejos?

Difícilmente creeré yo el oficio que se atribuye á aquel rígido personaje, hijo de un hombre á quien Augusto hubo de solicitar con instancia para que se dignara aceptar el consulado; y él mismo se había mostrado más de una vez por demás libre enfrente de Tiberio. Ni Tácito tampoco se atreve á afirmar nada (1).

Germánico había querido visitar el Egipto y sus maravillas. Bien que se hubiera presentado allí sin ningún aparato y como simple particular, no dejaba de ser una infracción de los reglamentos de Augusto (2). Tiberio le reprendió vivamente de haber dado el ejemplo del olvido de las leyes; pero lo dejó acabar su viaje y en aquellos momentos hizo que se le concediera la ovación por sus servicios en Oriente.

A su vuelta á la Siria, encontró Germánico cambiadas por Pisón todas las disposiciones que él había tomado. Con este motivo tuvieron vivos altercados, y el indócil gobernador, más bien que ceder, prefirió dejar su cargo. La nueva de una grave indisposición de Germánico lo detuvo en Antioquía. Habiéndose restablecido el príncipe, se opuso á las fiestas celebradas por su restablecimiento, y pasó á Seleucia, donde el rumor de una recaída más grave lo detuvo de nuevo.

Al rededor de Agripina se hablaba de envenenamiento. Habíanse encontrado en el suelo y á lo largo de las paredes del palacio huesos de muerto, caracteres mágicos y talismanes, el nombre de Germánico grabado en tablillas de plomo, cenizas ensangrentadas, despojos mal consumidos

(1) Da á entender por todas partes que Germánico murió asesinado; pero confiesa que Pisón se disculpó completamente en su proceso.

(2) Filón (*in Flac.*) y Trebelio Polión (*in Emil.*) dicen que había peligro de un tumulto en Alejandría en presentarse allí algún personaje con las fasces consulares ó las insignias reales. Según Cicerón (*adv. Gab.*) era una antigua pretensión de los alejandrinos, y César refiere (*Bell. civ. III*, 106) que la guerra que tuvo que sostener en Alejandría comenzó por este pretexto. He aquí una de las razones políticas que decidieron á César y á Augusto á disponer que sólo simples caballeros pudieran ser prefectos de Egipto. Habiendo querido Galiano nombrar un procónsul para este cargo, se opusieron los sacerdotes egipcios invocando el antiguo derecho de la ciudad. Vimos en otro lugar que por colmo de precaución dispuso Augusto que ningún senador pudiera entrar en aquella provincia sin su expresa autorización.

y otros maleficios cuya significación era que se había consagrado seguramente una víctima á los dioses infernales.

Los emisarios de Pisón que iban á espiar los progresos del mal mostraban bien á las claras de dónde había partido el golpe. Esto decían los amigos del príncipe; pero él mismo rechazaba estas sospechas. No escribe uno á su asesino para romper con él, para repudiar su amistad, y una carta así dirigía Germánico á Pisón (3). Después de nuevas crisis, que dieron algunas esperanzas, el enfermo se debilitó y expiró, recomendando, según Tácito, á su padre que lo



Germánico (4)

vengeara y á su mujer que moderara su orgullo y sus deseos de poder. Germánico apenas tenía treinta y cuatro años (10 oct. 19 de J. C.) (5).

Antes de quemar su cuerpo se le expuso desnudo en el foro de Antioquía; Agripina recogió piadosamente sus cenizas y, á pesar del invierno, se embarcó para Italia con tan precioso depósito. Cuando se anunció su arribo, de lejos en la mar, de todas las ciudades circunvecinas se precipita-

(3) *Componit epistolas quis amicitiam ei renuntiabat* (*Ann. II*, 70). Tácito lo ve todo de una manera tan trágica, que olvidando que el padre de Germánico murió de un accidente, se atreve á decir de él y de su hijo: *neque ob alium interceptos quam quia populum Romanum a quo jure complecti, reddita libertate, agitaverint* (*Ann. II*, 82).

(4) Estatua encontrada en Frascati y conservada en el museo profano de Letrán.

(5) Si prescindimos de las palabras de Germánico que no son sino una declamación de escuela, si se pone en duda que un hombre quebrantado por los repetidos ataques de la enfermedad fuera capaz de despedirse de la vida con esa majestad y elocuencia, á menos que,

ron las gentes hacia el puerto de Brindis. La flota fúnebre entró lentamente en el puerto, de una manera lúgubre, en triste silencio, sin que se oyeran los gritos que acostumbraban dar los marineros al arribar en buen salvamento, ni las aclamaciones de bienvenida de la asombrada multitud. Pero cuando se vió á Agripina con sus largas vestiduras de luto y los ojos humillados salir del barco entre sus hijos llevando ella misma la urna cineraria, entonces cundió un gemido de dolor por todas partes. Y en todas las ciudades de Calabria, de la Pulla, de la Campania y á todo lo largo del camino la acompañaron las mismas simpatías de dolor.

Tiberio envió á Brindis dos cohortes pretorianas. Druso, los hijos de Germánico que se quedaron en Roma y Claudio, su hermano, fueron hasta Terracina á recibir el cortejo; pero la honorable Antonia, su madre, y Tiberio, permanecieron encerrados en su palacio, y se comprende que la una hubiera querido ocultar allí su dolor maternal, y que el otro, el hombre triste y severo, huiera de las demostraciones ruidosas, ocupado en calcular los peligros que traía para él la pérdida de un lugarteniente fiel y necesario.

Tiberio había hecho votar á Germánico estatuas y arcos triunfales en Roma, en el monte Amano, á orillas del Rin, y honores que se hacían aún á su memoria un siglo después. Pero sus adversarios se esforzaban en prolongar el duelo público; forma de oposición que no arrastraba peligro y tenía cierto encanto. Agripina sobre todo y sus amigos lo herían con vagas acusaciones que se hacían subir más arriba de Pisón y aun se habían arrojado piedras á sus estatuas: hasta que se cansó de estos lloriqueos interesados y del ruido que se hacía alrededor de un muerto glorioso para servir secretas ambiciones, y puso brutalmente término á tales manifestaciones con un edicto en que recordaba que otros grandes hombres habían muerto también por el Estado; que Roma había perdido ejércitos enteros soportando con más firmeza su desgracia. Este dolor honraba á los romanos y al príncipe mismo, con tal que

como Juliano, tuviera bajo la almohada un discurso en regla preparado de larga fecha para el caso, sólo se encontrarán como indicios del envenenamiento los hechos siguientes:

En Tácito. 1.º El odio de Pisón y Plancina.

2.º Maleficios mágicos.

3.º El veneno que Pisón hubo de echar en sus alimentos.

En Plinio (XI, 71) y en Suetonio (*Caligula* I).

4.º El cuerpo de Germánico cubierto de manchas lívidas, su boca cubierta de espuma y su corazón intacto en medio de los calcinados huesos. También se invocan estos hechos:

5.º Las palabras de Tácito: *Scriptissimè expostulantes quod haud minus Tiberius quam Piso abnuere.*

6.º La muerte súbita, en Brindis, de Martina, célebre envenenadora.

7.º Un manuscrito que se vió en manos de Pisón.

8.º La alegría de Tiberio y de Livia.

9.º Los funerales de Germánico, en que no se desplegó ninguna pompa.

El primer argumento no prueba nada, y el 2.º y el 4.º son ridículos. Que por satisfacer su odio, recurriera á sortilegios Plancina, muy crédula sin duda como todas las mujeres de su tiempo en materia de nigromancia, no es cosa que maraville; pero de esto al envenenamiento hay mucha diferencia. En la Edad media muchos hechizaban sin remordimiento á sus enemigos, que no se atrevían á matar. Ni las manchas lívidas ni la espuma de la boca son indicios ciertos de envenenamiento: fuera de esto, si estas manchas hubieran existido, como el cuerpo fué expuesto desnudo en Antioquía, Tácito hablaría de ellas.

En cuanto al tercer punto, el mismo Tácito se encarga de refutarlo. El veneno no tiene esas intermitencias: Germánico se restableció al principio de tal modo que su familia cumplió los votos que había hecho por su salud; luego recayó. Un envenenamiento es un crimen cuya ejecución exige el mayor secreto: Pisón lleno de odio, declara en alta voz su resentimiento, sin cuidarse, como dice su hijo, de sospechas ridículas ni de rumores malévolos.

no exceda de sus justos límites, porque había flaquezas que no convenían ni á un grande imperio ni á un pueblo rey... «Los príncipes mueren, pero la república es inmortal. Que vuelvan todos á su vida ordinaria y hasta á las diversiones.»

Las últimas palabras estaban de más, bien que se explicaran por la proximidad de las grandes fiestas de Cibeles, que no convenía dejar desiertas. Esta dureza de expresión hizo que la ciudad volviera á sus hábitos.

No con menos impaciencia se esperaba la llegada de Pisón. Expulsado de su provincia por Germánico, Pisón había recibido con alegría inconveniente la noticia de su muerte, y vuelto á tomar el camino de su gobierno. Pero los legados y los senadores, que había en Siria, habían conferido ya el mando á uno de ellos; sin embargo Pisón insistió en su temerario empeño á riesgo de una guerra civil, y esta falta lo perdió. Tiberio no podía perdonar al que comprometía la paz pública (1). Pisón fué batido y embarcado por fuerza en un navío para Italia, donde lo esperaban los acusadores. Querían éstos que el emperador fuera el único juez de esta causa, y si Tiberio hubiera temido alguna revelación habría aceptado de buena voluntad; pero, lejos de esto, lo remitió todo al senado, recomendándole tan sólo imparcialidad y justicia. Él mismo asistió al acto, y el acusado, dice el historiador, lo vió con espanto, sin piedad, sin cólera, impasible, impenetrable. Es el más fiel retrato que Tácito haya hecho de Tiberio.

Pisón se suicidó en su casa. Junto á su cadáver se encontró una carta bastante digna, donde no confesaba otra falta que la de haber vuelto en armas á su provincia. Tiberio recompensó á los tres amigos de Germánico que habían hecho la acusación, solicitó para Nerón, el mayor de sus hijos, el permiso de pretender la cuestura cinco años antes de la edad prescrita y lo casó con la hija de Druso (20).

Quando el segundo de los hijos de Germánico tomó la toga viril, hizo que se le concediera el mismo privilegio (23) y para mantener á Druso en sus disposiciones favorables

En fin, Tácito dice que la acusación pareció refutada. En cuanto al punto 6, no conocemos á la tal Martina ni podemos deducir nada de su muerte. N. 7. Que se viera un manuscrito en manos de Pisón es un rumor á que hace justicia el testamento del mismo. N. 8. Si hemos de dar fe á Tácito, el emperador y Livia disimulaban su alegría; pero él mismo nos enseña que Tiberio no era dado al ruido de las solemnidades. Josefo atestigua que después de la muerte de Druso, prohibió el acceso á su casa á todos los amigos de su hijo, para que la vista de ellos no reavivara su dolor (*Ant. Jud.* XVIII, 8). Dion cita otro ejemplo (á la muerte de su nieto) añadiendo: «No pensaba que una conducta diferente fuera digna de un emperador» (LVII, 14). Séneca (*Cons. ad Marc.*) alaba á Augusto por haber sido *victor dolorum*, como Saint-Simón y Voltaire elogian la firmeza de Luis XIV en sus desgracias.

Respecto al último, los funerales no se celebraron sin pompa. La narración de Tácito prueba que tuvieron todo el esplendor que debían tener, si se considera que era imposible hacerlos semejantes á los de Druso, en tiempo de Augusto, porque los dos actos principales de la solemnidad, la exposición del cuerpo y su cremación, se habían hecho ya en Antioquía. A mis ojos, Tiberio tiene además un abogado poderoso en aquella Antonia cuyo elogio hacen Valerio Máximo y Josefo por la pureza de sus costumbres; era madre de Germánico y la muerte de éste alteró tan poco su afecto á Tiberio que ella misma lo salvó en la conjuración de Seyano, y después de la muerte de este emperador decidió á Cayo á respetar la memoria de su abuelo. Esta no es la conducta de una madre para con el asesino de su hijo. Séneca, que estaba en Roma cuando murió Germánico y debió conocer todos los pormenores del caso por su amiga Julia, hija de Agripina, ni siquiera hace una alusión al crimen, y Suetonio está en la verdad cuando dice que Germánico sucumbió á una enfermedad de languidez; solamente añade: «No sin sospecha de veneno y esta sospecha era inevitable.»

Por lo demás, entre los recientes trabajos sobre Tiberio, hay bien pocos en que no se sostenga aún la antigua tesis, tan cara á los literatos, del envenenamiento de Germánico.

(1) *Judices implacabiles erant. Cesar ob bellum provincie illatum* (*Ann.* III, 14).

para con ellos, hizo de él honroso elogio en el senado por la benevolencia paternal que mostraba á los hijos de su hermano.

Algunos senadores hubieron de proponer que se consagrara un altar á la Venganza y una estatua á Marte Ultor; pero Tiberio se opuso. «Reservemos, dijo, los monumentos para las victorias sobre el extranjero y ocultemos nuestras desgracias domésticas en el dolor y el silencio.»

II. — ADMINISTRACIÓN DE TIBERIO. — SEYANO. — MUERTE DE DRUSO (19-23).

Acabado este largo drama, volvió Tiberio á los cuidados del gobierno. Como era motivo de quejas la excesiva severidad de la ley *Papia-Popea*, nombró quince comisarios para suavizar sus exigencias y reprimir la avidez de los delatores. Los ediles pedían una ley suntuaria. «Corriáanse antes las gentes, contestó el príncipe con la autoridad del buen sentido: buenas costumbres valen más que leyes impotentes.» Y si no puede traer las buenas costumbres, castiga á lo menos las malas, que se producen cínicamente.

«Restableció, dice Suetonio (cap. xxxv), el antiguo uso según el cual una junta de parientes pronunciaba por unanimidad de votos el castigo de las mujeres que habían violado la fe conyugal y no eran perseguidas por acusadores públicos. Relevó de su juramento á un caballero romano que, habiendo jurado no repudiar nunca á su mujer, no podía despedirla de su casa, aunque la hubiera sorprendido en adulterio. Para librarse de una dignidad molesta y ponerse fuera del alcance de la ley, algunas matronas hubieron de inscribirse en el registro de las cortesanas; como igualmente algunos jóvenes libertinos de las mejores casas pidieron ante justicia nota de infamia, á fin de tener luego el derecho de aparecer en el teatro ó en la arena: Tiberio los desterró á todos.»

Exigía mucha dignidad y gran decoro en la vida de los magistrados. Un cuestor saca una mujer por suerte, se casa con ella y el día siguiente la repudia: el príncipe lo destituye. Alejándose de Roma un senador por un cálculo mezquino, hacia las calendas de julio, para volver el día del término pasado, á fin de alquilar una casa más barata, Tiberio lo degradó; y á otro que disipaba sus bienes le impuso un tutor (1).

Como encuentra suficientes sus poderes, rechaza sin hipocresía ni fingida moderación todo lo que se le quiere añadir. Un senador propone extender sus derechos para la elección de los gobernadores y él mismo se opone á ello. El senado nombraba á los procónsules de Africa, y siendo necesario un hombre de guerra en aquella provincia perturbada por Tacfarinas, los Padres conscriptos dejan el nombramiento al príncipe. Tiberio se queja de esto y sólo consiente en proponer dos candidatos entre los cuales decida la curia. Por este tiempo el Asia y Cirene acusan de concusionarios á sus gobernadores y son condenados éstos.

(1) Hubo pocas modificaciones en el derecho civil. Hablamos en otro lugar de la ley *Junia Norbana* que se refería á las disposiciones de Augusto sobre la condición de los libertos. Un senadoconsulto del año 20 introdujo una mejora para los esclavos. *Si servus veus postulabitur, eadem observanda sunt qua si liber esset* (*Dig.* XLVIII, fr. 12, § 3). En la república era arbitraria la pena, y siempre más dura para el esclavo que para el hombre libre. En el derecho penal de los emperadores, se consideraba al esclavo como el ingenuo de baja condición, *humilior*; porque *natura est communis* (*Ibid.* § 4). Otro senadoconsulto aumentó las penas civiles contra los célibes, y el sen. cons. Liboniano organizó la teoría de las prohibiciones contra los que sonsacaban legados en su favor.

El abuso del derecho de asilo en los templos originaba mil desórdenes siendo el menor la impunidad de los culpables. Una medida enérgica acaso hubiera causado turbaciones en las ciudades de Oriente: Tiberio ordenó un solemne informe y envió al senado este importante asunto. «Día glorioso, dice Tácito, en que los beneficios de nuestros mayores, los tratados de alianza, los decretos de los reyes, que habían precedido al poder romano, y hasta el culto de los dioses, todo se sometió al examen del senado, libre, como en otro tiempo, de confirmar ó de abolir.»

El año 22, solicita para su hijo Druso el poder tribunicio, y el senado añade todos los honores que puede inventar la lisonja: Tiberio los rechaza; él es quien lo llama á la moderación y á la dignidad. La famosa Junia, sobrina de Catón, esposa de Casio y hermana de Bruto, muere aquel mismo año dejando legados á todos los magnates de Roma: Tiberio, cuyo nombre ni siquiera mentaba en su testamento, olvidó insultante en las costumbres de Roma, deja celebrar sus funerales con pompa fastuosa y llevar al fúnebre cortejo las imágenes de cien familias nobles: sólo faltaban las de Bruto y Casio. Tácito se indigna de ello y tiene razón, si Tiberio impuso este destierro póstumo; pero dudo que hubiera temido á estos dos muertos reapareciendo en una ceremonia fúnebre.

Se citarán acaso las acusaciones de lesa majestad, ese fantasma que turba y persigue la imaginación del historiador. No hay tal cosa: he aquí lo ocurrido. Habiendo caído enfermo Druso, un poeta recompensado por sus versos sobre la muerte de Germánico, compone luego al punto un poema sobre la de Druso. Pero el príncipe se restablece, y el vanidoso poeta, lejos de romper sus versos, se atreve á dar lectura de ellos. Estas palabras de muerte son para la superstición romana un presagio funesto, pues pueden arrastrar una desgracia y por tanto constituyen un atentado. El desdichado poeta es objeto de una terrible acusación, y el senado, en un mismo día, lo juzga, lo condena y hace ejecutar. Tiberio estaba ausente; se indigna, reconviene y afirma que hubiera perdonado; y sus reconveniones son tan sinceras, que un decreto inspirado por él, decide que en adelante medie siempre un espacio de diez días entre la sentencia y la ejecución.

En otra ocasión fué citado ante justicia un caballero por haber hecho servir una estatua de Tiberio á diversos usos: Tiberio no quiso que se recibiera la acusación. Capitón se rebela servilmente contra esta indulgencia; pero el príncipe no cede. Y en muchas ocasiones había prohibido que se

(2) Camafeo del gabinete de Francia, núm. 218. La autenticidad de esta sardónica se ha puesto en duda porque detrás de la cabeza de Cayo se lee su sobrenombre de *Caligula*, que no aparece en las monedas. «Pero los camafeos, dice Chabouillet, no tenían carácter oficial como las monedas» (*Catálogo general*, p. 35).



Los hijos de Germánico: Caligula, Drusila, Agripina y Livilla (2)